

*tro Padre es perfecto*¹, según el precepto que nos dá Jesucristo. Gracias á esta perfeccion, nada podrá ya causaros pena, puesto que en todas cosas veréis la voluntad de Dios; y todo, por el contrario, os servirá de motivo de alegría, puesto que de todas las cosas sabréis hacer salir, yá la gloria de Dios, yá vuestra propia ventaja. De suerte que la vida presente será yá para vosotros cómo prelude de la vida del cielo. Cómo este año será feliz para todos vosotros, si podeis alcanzar este resultado!².

Conclusion. — Así, á los esposos deseo la union; á los padres y á las madres hijos respetuosos, y á los hijos padres vigilantes; á los amos deseo criados fiéles, y á los criados amos serviciales; á los que tienen salud les deseo hacer buen uso de ella y á los que sufren ofrecer á Dios sus padecimientos, en union con Nuestro Señor; á los ricos deseo el desinterés y la generosidad, y á los pobres, la estimacion y la conformidad con su estado; á los justos deseo la perseverancia, y á los pecadores la conversion; á todos, por ultimo, deseo la perfeccion y un ardor grande para procurarsela. Tales son los votos que hago por vosotros en este dia, y ruego á Dios ser atendido. Si él me escucha y vosotros sois dichosos en los diferentes estados en que podréis encontraros, yo no desearé nada para mí mismo; me será bastante ser testigo de vuestra dicha, y de trabajar siempre, tanto cómo podré, para aumentaros la suma en este mundo y en el otro. Así sea.

1. Math. v. 48.

2. Quisquis firmiter sibi persuadeat, nunquam se veram quietem possessurum, nisi perfectionem, ad quam vocatus, assequi sincere studeat; nam, ut sapienter abbas Joannes dixit, miserum et cujuslibet artis ac studii disciplinam quamquam profiteri, et ad perfectionem ejus minime pervenire (LOHNER, *Biblioth. verbo Perfectio Christiana*).

PARA LA ADORACION PERPETUA DEL SANTISIMO SACRAMENTO

PRIMERA INSTRUCCION

Motivos por los cuales se debe tomar parte en la solemnidad de la adoracion perpetua

I. La adoracion perpetua es un deber. — II. Es un honor. — III. Es una necesidad.

La solemnidad que nos reúne en éste dia, es seguramente una de las más bellas y de las más tiernas de nuestra santa religion, que las cuenta muy magnificas. Es de lo que vosotros podeis juzgar facilmente por la ostentacion que hace la Iglesia de sus más ricos ornamentos para celebrarla, y por la pompa excepcional de que rodea los oficios. No obstante, es bastante raro que atraiga la multitud de fiéles tanto cómo seria de desear y de esperar. Si se busca la causa del poco apresuramiento de su parte, se encontrará quizás en que es preciso atribuirlo en gran parte á la ignorancia en que están respecto de esta solemnidad¹. Es lo que me há decidido

1. Esta solemnidad es la fiesta perpetua de la Iglesia, la fiesta perpetua del alma y la fiesta perpetua de Jesucristo. — I. Es la fiesta perpetua de la Iglesia. Porqué? es que la grandeza por excelencia de la Iglesia está en su tabernaculo, y no puede honrar al Dios de la Eucaristia sin honrarse ella misma. Qué no há hecho Jesucristo por su Iglesia? Se há dado á ella bajo todas las formas y de todas las maneras; él lo había dicho al volver á subir á su Padre: Hé aqui que estoy siempre con vosotros: *Ecce ego vobiscum sum omnibus diebus*. Qué magnífica promesa! Qué promesa más fiélemente cumplida! Lo há sido desde hace dieciocho siglos; lo es hoy todavía; y estará siempre con ella hasta la consumacion de los siglos: *Usque ad consummationem sæculi*. Está allí por su palabra y por su gracia; lo mismo que por su autoridad siempre visible y siempre infálible. Es esto todo? nó, hermanos míos. Jesucris-

á hablaros, en esta plática, de los motivos que deben llevarnos á tomar parte. Hay tres principales, que formulo así : primeramente,

to está con su Iglesia de una manera mucho más divina todavía : está sustancialmente, en toda la realidad de su naturaleza, con su cuerpo, con su alma, con su divinidad, siempre presente en el templo, siempre vivo en su tabernaculo. — Hé ahí, hermanos míos, la gloria suprema de la Iglesia, y el primer objeto de la solemnidad que nos reúne. La Iglesia há sabido por el Espíritu Santo que, si es conveniente ocultar el secreto de los reyes, es honroso revelar y publicar las obras de Dios : *Sacramentum regis abscondere bonum est : opera autem Dei revelare et confiteri honorificum est*. Ella lo sabe, y por éso que celebra con pompas de una fiesta que no se interrumpe, este dón que su esposo le há hecho de sí mismo. Cierta es que, en los primeros siglos y cuándo no había más que nacer en el Calvario, la Iglesia ocultaba esta gloria al mundo. A riesgo de dar un día con su silencio armas á las envidias y á los odios del error, no la inscribía en su simbolo ; no la proclamaba en sus catedras ; no hablaba de ello más que á sus fieles solos y en el secreto del santuario. Estimaba tñ alto este dón completamente celestial de la Eucaristia, que consideraba al hombre indigno de oír aun el nombre, si no había sido transformado por el Bautismo ; juzgaba ella que era preciso sér hermano de Cristo para merecer oír nombrar el misterio por excelencia de su amor Pero, más tarde, cuándo los oráculos fueron cumplidos ; cuándo, segun la palabra de Isaías, Dios le condujo los pueblos cómo la maréa que sube y que invade el llano : *Declinabo... quasi torrentem invadentem gloriam gentium ; cuándo ella no tuvo más que dilatar su corazon de alegría, viendo la fuerza de las naciones ir á ella : Dilatabitur cor tuum, quando..... fortitudo gentium venerit tibi* : entonces abajó todas las barreras é hizo caer todos los velos ; entonces proclamó en alta voz su felicidad y su gloria ; entonces se glorificó á la faz del mundo entero de poseer á Jesucristo siempre vivo en el tabernaculo. Sobre todo cuándo la heregia le negó este dón sagrado del Esposo, y se esforzó en no dejar más que símbolos vacios en nuestros templos en lo sucesivo sin Dios, la Iglesia respondió á estas negaciones dando un nuevo brillo á solemnidades que son su fiesta. Rodeó con nuevas pompas y con nuevos esplendores su tabernaculo. Unas veces paseó al Hijo de Dios por las calles de la ciu-

la adoracion perpetua del Santísimo Sacramento es un deber ; en segundo lugar, es un honor ; por ultimo, en tercer lugar, es una necesidad.

dad, otras lo expuso con un aparato desácostumbrado en sus altares para hacer más visible á todos al que es Dios de todos. Y ahora que la fé se aminora y que los pueblos, que han dejado enmoecerse en ellos el sentimiento cristiano, parecen olvidar de dia en dia el camino del templo, la Iglesia aumenta los honores en proporcion de la indiferencia publica. No es yá bastante para ella algunas fiestas que lentamente trae el curso de cada año ; la es necesario, para el Dios de la Eucaristia, una fiesta perpetua cómo su presencia misma en el tabernaculo. Quiere ella comenzar, desde aqui bajo y en el tiempo, lo que debe continuar allá alto y durante la eternidad. Sabe que la Iglesia del cielo, su hermana, tiene pompas sin fin para el Cordero, y que el himno de adoracion no se interrumpe yá en la Jerusalem inmortal ; quiere que Jesucristo no reciba nada en el cielo que no encuentre en la tierra. Adorád, adorád, Iglesia del cielo ; la Iglesia de la tierra adora del mismo modo : cantád vuestro himno eterno delante del trono de Cristo que se revela : nosotros responderémos á vuestros canticos con un himno sin fin delante del trono del Cristo que se oculta. Decid, en los transportes de la caridad que posee, decid : *Sedenti in throno et Agno, benedictio, et honor, et potestas in sæcula sæculorum* : « Al que está en el trono, al Cordero, la bendicion, el honor, el poder en los siglos de los siglos. » La Iglesia de la tierra repetirá en la lengua del destierro lo que decis en la lengua de la patria ; nosotros repetirémos con ella : *Sedenti in throno et Agno, benedictio, et honor, et potestas in sæcula sæculorum*. — Y ciertamente, hermanos míos, la Iglesia se faltaria á sí misma así cómo á Jesucristo, si hiciera menos por honrar el tabernaculo. Entre el Esposo divino y su Esposa, á caso no hay una comunidad de intereses, de honor y de gloria exaltando á Jesucristo ? es á ella misma que la Iglesia se exalta ; glorificandole, más ella le ensalza á los ojos de los pueblos con las solemnidades de su culto, más ella se levanta, al mismo tiempo, con él con sus esplendores y sus pompas de la oracion, de la adoracion y del amor ; ella testimonia delante de todos lo que le es Jesucristo. Ella proclama que las Iglesias, sus rivales, no son más que extrañas y que ella es la Esposa, puesto que sola posee al Esposo. En buen hora, que ellas

I. — *La adoracion perpetua del Santisimo Sacramento es un deber.* — Quién es el que domina en este altar, en el corazon de

nieguen la presencia de Jesucristo en la Eucaristia ; con éso mismo dán testimonio de su desnudez y del anatema que existe sobre ellas. Comprenden que Jesucristo no puede estar con ellas, y su indignidad envidiosa quisiéra arrebatarlo al genero humano cómo se lo há arrebatado á si misma. Pero la Iglesia catolica, hermanos míos, no tiene otro tesoro aqui más que su tabernaculo. Se acuerda de que su Esposo le há jurado no dejarla viuda en la tierra, y pone ella toda su gloria cómo toda su dicha en su presencia. Está orgullosa de participar de la grandeza del Padre celestial y de tener una sola y misma gloria con él, es decir Jesucristo, y cómo le dice ella : « No cederé mi gloria á nadie. » *Gloriam meam alteri non dabo.* Llama á todos los hijos que el Bautismo le há dado ; rodea con ellos sus altares ; coloca ante sus ojos á su Esposo en el trono ; se esfuerza en hacer con su familia terrestre una corte que recuerde la de los angeles en el cielo, y, poniendose á sus pies, parece decir á todos : Hé ahí mi grandeza ! mi privilegio ! hé ahí lo que hay de más divino en mi ! no soy una desconocida y una extranjera ; soy la Esposa y hé recibido del Esposo un nombre que no llevo en vano ; nombre que está por encima de todos los de mis rivales ; yo soy aquella de la que se há escrito : « El Señor está con ella. » *Nomen civitatis : Dominus ibidem.* — II. En segundo lugar, la solemnidad de la Adoracion es la fiesta perpetua del alma, y era digno de la Iglesia el instituir semejante fiesta. El mundo, en sus reuniones, en sus téatros, celebra otras fiestas, la fiesta perpetua de los sentidos ; enseña al alma á olvidarse y á no hacer nada para si. La Iglesia, por el contrario, celebra la fiesta perpetua del alma, y ésa fiesta es la del tabernaculo, todo se dirige al alma, todo habla, todo dá testimonio de la dignidad y de las grandezas del alma ; y que hay de más grande y de más glorioso para el alma humana cómo el haber inspirado una pasion tán energica y tán poderosa á un Dios que no puede pasarse sin la compañía y la intimidad del alma ? La Eucaristia es el monumento de esta pasion divina. Antes de la Eucaristia, Jesucristo habia hecho cosas grandes y maravillosas por e alma. Por ella, habia dejado los cielos y el seno de su Padre. Por ella, habia tomado su propia naturaleza y su condicion ; para asemejarsele mejor, se habia unido á un cuerpo parecido al que ella anima,

esta custodia ? Es Nuestro Señor Jesucristo. Nuestros ojos no lo ven, cierto es, y no cae bajo ninguno de nuestros sentidos. Pero su

y habia hecho decir de si esta palabra que pone á los mismos angeles en asombro : « El Verbo se há hecho carne. » *Et Verbum caro factum est.* Por ella, habia réalizado los milagros de su apostolado y coronado los sacrificios de su vida con el más glorioso de su muerte. Pero en la Eucaristia, encuentra el secreto de excederse á sí mismo, de alcanzar los limites del amor, aun cuando este amor es el de un Dios. El cielo entero lo espera y lo apresura á gozar por fin de los triunfos y de las glorias de su martirio ; su Padre mismo le llama y le invita á volver á ocupar su puesto á su derecha y en su trono ; y él se representa el alma abandonada aqui bajo y que no tiene ya á su padre, el alma desterrada que pierde al amigo y al compañero de su destierro. Cree oirla gemir por el aislamiento á que vá á condenarla su ausencia, y recordarle en su dolor, lo que él mismo há dicho, « que sus delicias son estar con los hijos de los hombres. » Su corazon no sabe resistir á su criatura que le implora. Sin duda, él se volverá á su Padre que lo reclama, á sus angeles que suspiran por su presencia adorable ; pero él estará en el cielo sin ocultarse á la tierra. Dará al alma esta prueba suprema de su estimacion y de afecto, no pudiendo separarse un instante de ella ni vivir alejado. Ciertamente es que serán preciso milagros que asombran al pensamiento : todas las leyes del mundo deberán ceder á la vez, y la naturaleza conmovida se creará á punto de perecer. No importa, Jesucristo no rehusará ningun prodigio para satisfacer las necesidades del alma y á su propio amor. Su ternura impaciente no se resignará á la lentitud del tiempo. Esta hora de la muerte, que viene como el rayo, le parecerá un siglo ; él no puede esperar de ella que le lleve el alma para vivir en su compañía. Desde este mundo quiere vivir á su lado, multiplicando y perpetuando su existencia aqui bajo, para estar siempre presente y mezclado con su existencia mortal. — Qué digo, hermanos míos ? es poco para Jesucristo ; necesita dar al alma más honor y más amor. El alma, en éfecto, cómo todo lo creado, no vive de si misma, de su propia fecundidad y por su propia virtud. Pues bien, él que es su autor y su redentor juntamente, la hará vivir de si ; él se hará su alimento cómo es su principio. No se contentará con dárse á ella por su gracia y dejando caer algunas gotas de su savia y de su vida en sus

presencia sagrada no es menos absolutamente cierta. El está allí, bajo las especies sacramentales, con su cuerpo, con su sangre, con

potencias. Nó, él se dará al alma cómo se dá al angel, bajo otra forma, y que conviene á las condiciones del destierro y de la fé; pero sustancialmente, todo entero sin division ni participacion. Se incorporará por el cuerpo que le está unido, poniendo su alma, su carne, su sangre, su divinidad y todo su sér. Más tarde, muy pronto, oh! alma, le verás, si sabes perseverar hasta el fin y permanecer fiél á su gracia; verás á este Dios que es tu todo, en una intuicion sin nubes, lo poseerás en la réalidad, no velada sínó brillante; lo verás y lo poseerás cómo el angel, tu hermano, lo vé y lo posee en la gloria. Pero entonces tambien tu serás más dichosa. Las sombras habrán huido, los velos serán desgarrados, los esplendores éternos habrán aparecido, el Dios de los espiritus se revelará cara á cara; pero, oh! alma, en la gloria y entre las bienaventuranzas de los cielos, tu no verás, ni abrazarás ni poseerás nada más grande, ni nada más íntimo que lo que has visto, abrazado y poseido en la tierra. Dándotese en la patria, Jesucristo no te dará en el cielo más que lo que su sacerdote te dá aquí en el altar. Qué gloria para el alma haber inspirado á Dios semejante amor y recibir tál favor! Honrando á la Eucaristia, el alma, lo mismo que la Iglesia, no hace más que honrarse á si misma. La solemnidad de la Adoracion es liberalmente la fiesta perpetua de su dignidad, de su dicha y de su gloria. — III. Por ultimo, la solemnidad de la Adoracion es la fiesta perpetua de Jesucristo, y tiene dos caracteres que la distinguen de todas las demás fiestas: un caracter de manifestacion y otro de reparacion. — Para qué este caracter de manifestacion? Es que el Dios de la Eucaristia es excelentemente un Dios oculto: *Vere Deus absconditus*. Ciertamente, en la Encarnacion, el Hijo de Dios habia hecho más que velar el esplendor de su persona divina; segun el apostol, se habia anonadado: *Exinanivit semeptisum*. Quién hubiéra creído que podia descender todavia y anonadarse más? La Eucaristia lo conduce tån cerca de la nada, que no puede ir más lejos sin quitarse el sér; no conserva más que lo que es preciso para existir, es decir, para amar: *Vere Deus absconditus*. La Iglesia, que tiene aquí bajo por mision manifestar á Jesucristo á los hombres, no dejará á su Esposo en esta oscuridad y en este anonadamiento: ella le tributará solemnemente por

su alma y con su divinidad, tån verdaderamente cómo estaba en el seno de Maria su madre, tån verdaderamente cómo estaba en

su culto todo lo que él mismo se quita por su sacrificio. El se há colocado en las tinieblas del tabernaculo; ella lo expondrá á la luz exhibiendolo en el altar. El se há consagrado á un silencio que diez y nueve siglos no han podido interrumpir; ella hace resonar alrededor suyo todas las voces de la oracion y de la adoracion. El se há hecho el solitario por excelencia de este mundo; ella le conduce á sus pies las muchedumbres, y con ellas la ciudad entera. El se há reducido por nosotros á las extremidades de la desnudez y de la indigencia; ella toma á la naturaleza, á las artes, á todo lo que el hombre crea ó posee, tesoros para hacerle del templo un palacio que eclipse á la estancia de los reyes. El se há quitado la soberania hasta el punto de colocarse en la dependencia la más absoluta que el espiritu concibe; nó la del servidor, del cautivo ó del esclavo, sínó la de la materia inerte, pasiva, que recibe el movimiento sin poder tomar la iniciativa, y que permanece á merced de toda voluntad humana; la Iglesia le levanta de esta dependencia, la transforma en un reino tån soberano que ningun Cesar del pasado, ni del porvenir lo há tenido, ni lo tendrá semejante; ella pone á sus pies todas las almas. Por ultimo, él se há colocado en un estado de muerto, y de tál manera muerto, que á los ojos de los sentidos, él es cómo esos dioses de las naciones de los cuáles se há escrito: Que no vén, ni oyen; que son cómo si no fuéran; la Iglesia lo réanima en esta tumba mistica del sacramento; le dá con su culto una existencia publica, social y universal. No es ésa una mision admirable, un apostolado divino que la Iglesia cumple con la solemnidad de la Adoracion perpetua? No parece que, con estas pompas, con estas ceremonias, con estas antorchas que brillan por la noche, con estos canticos que animan las piedras del Templo, con este concurso de gentes que se apresuran, cómo con otras tåntas voces sonoras, la Iglesia grita á todos: *Medius... vestrum stetit quem vos nescitis*. « Hay en la ciudad alguien que está cerca de vosotros y lo ignorais. » Hay en medio de vosotros más que un soberano que tiene las riendas del imperio; más que el magistrado que vigila por la justicia y la ley; más que el soldado que defiende el territorio; más que el sabio que ilustra el pais y que el trabajador que lo alimenta. Hay alguien que está tån vivo cómo

la cuna de la gruta de Belen, t n verdaderamente cómo estaba en medio de los doctores en el templo de Jerusalem, cuándo Maria y

todos ellos y que está sobre ellos. Está el primero de vuestros conciudadanos y que h  nacido en vuestro suelo; que vive en la ciudad desde que ésta es cristiana; que h  visto   vuestros padres y que verá también   vuestros descendientes; que  nima   quién os sirve; que ilumina   quién os instruye; que protege   quién os protege, y que gobierna   quién os gobierna: el más antiguo, existe antes de todos los siglos; el más noble, viene del cielo; el más rico, el universo le pertenece; el más poderoso, en su mano tiene los destinos; el más afectuoso, no vive más que para vosotros; el más grande sobre los más grandes, porque es Dios. En medio de vosotros está Jesucristo: *Medius.... vestrum stetit quem vos nescitis.* — Resta el segundo caracter de esta solemnidad, un caracter de reparacion. Cosa lamentable, Jesucristo, que no est  en el tabernaculo más que para reparar las injurias de su Padre, reciba ultrajes que exigen ellos mismos un reparador. Ay! la malicia humana transforma todos los días el misterio de la caridad en misterio de dolores. Jesucristo, al hacerse nuestro huésped, no h  logrado más que hacerse nuestro martir; su templo se h  convertido en un calvario y su altar en una cruz. Oh! Maestro, vuestro corazón os h  engañado, y vuestro amor os h  tendido un lazo. Al multiplicar vuestra propia vida por el sacramento eucaristico, pretendiais agrandar vuestro poder de amar, y no habeis hecho más que agrandar vuestro poder de sufrir. Al ocultaros bajo simbolos materiales, os habeis sacrificado   ultrajes de los cuáles vuestra humanidad sola no era capaz. Todos los días se os persigue en vuestro sér sacramental, cómo jams  se os persiguió en vuestro sér natural. La Iglesia es el testigo de estas injurias del Dios de la Eucaristia, y ella las siente hasta el punto de exclamar con el profeta: « Los ultrajes de los que nos han ultrajado, han vuelto   caer sobre mi. » *Opprobria exprobandium tibi ceciderunt super me.* Ella llama   sus hijos, se dirige   todos los corazones, y qué les pide? reparar las injurias de su esposo y de su padre, por el homenaje incesante de su adoracion; es decir, reparar, por la f , la injuria de la incr dulosidad que niega; por el recuerdo, la injuria del odio que persigue. H  aquí, hermanos mios, las reparaciones contenidas en la solem-

José lo encontraron despues de tres días, cuándo tenia doce años. Si, Jesus está t n verdaderamente presente en este altar cómo es-

nidad de la Adoracion perpetua. — Es un acto de fé que repara las injurias de la incr dulosidad que niega. El mundo jams  h  economizado as negaciones   Jesucristo; se las h  prodigado sobre todo en la Eucaristia. En su mision, le h  negado su divinidad; en su Iglesia, le h  negado su autoridad; en su templo, le niega todos los días su presencia. Pues bien, hermanos mios, vuestro concurso y vuestro culto protestan contra esta blasf mia. Vuestra presencia es un testimonio; vuestra adoracion es una confesion verdadera del Dios de la Eucaristia. De lo alto del tabernaculo, Jesucristo os interroga, y os dice cómo   sus apóstoles: « Y vosotros, quién decis que soy? » *Vos autem quem esse dicitis?* Vosotros le respondeis, por el solo hecho de vuestros homenajes: « Vos sois Cristo, el Hijo de Dios vivo. » *Tu es Christus, Filius Dei vivi.* Que el hereje diga: No es más que un simbolo y que una figura; que el sabio diga: No es más que un pan vulgar y que nada distingue del alimento cotidiano del hombre; vosotros, hermanos mios, podeis decir con San Juan: « Nosotros creemos en el amor que Dios nos tiene. » *Et nos credidimus charitati quam habet Deus in nobis;* y, más dichosos que el Apóstol que quiso ver y tocar, antes de creer, vosotros exclamais en el transporte de vuestra f : « Si! es mi Dios y mi Señor, *Deus meus, et Dominus meus!* — Es un acto de recuerdo que repara las injurias de todos los que olvidan. La ambicion asedia el palacio de los soberanos, el placer   el interés puebla de una multitud siempre creciente todos los t atros de la fortuna   de las alegrias humanas; el templo de Jesucristo permanece desierto. Algunas almas, que le han dado su amor, velan cerca de él en esta soledad del santuario; la multitud pasa indiferente y desdeñosa delante del solo monumento de la ciudad que honra una hospitalidad divina. Algunas veces la curiosidad franquea las gradas del templo: se fija en lo que los hombres han puesto de sus riquezas   de sus artes en el  dificio; no tiene ojos para lo que Dios h  puesto de si mismo en el tabernaculo. Jesucristo puede decir bien que él es « este muerto espiritual » de que habla el profeta, *Mortuus a corde*, t n ausente del pensamiento cómo los muertos que encierra el sepulcro, y que han perdido con su puesto en la ciudad, el sitio en los corazones. Pues bien, la Adoracion

taba en la cruz en el dia de su muerte, y cómo lo está ahora en el cielo. Tenemos por garantia su palabra sagrada, la fé uniforme y

repara este olvido. Por su perpetuidad y por su solemnidad juntamente, hace á Jesus sensible á todas las miradas y presente á todos los pensamientos. Mirád, si, mirád, oh! Dios del tabernaculo! Hé ahí á vuestro pueblo, hé ahí á vuestra familia, hé ahí vuestro corazon! Qué palacio está más concurrido? qué trono recibe más homenajes? qué soberano tiene más servidores, y vé apresurarse alrededor de él más hijos? la Adoracion que nos conduce á vuestros pies, os venga de todos los desdenes de los que os olvidan, de todos los abandonos de los que os dejan, de todas las indiferencias de los que permanecen extraños. — Por ultimo, la Adoracion es un acto de amor que repara todas las injurias del odio que persigue. Quién lo hubiése creído que el odio tendria un lugar en el sacramento del amor, y que la Eucaristia encontraria perseguidores? Los há encontrado, y los encontrará siempre. Siempre habrá hombres que vendrán al altar, y darán á Jesucristo un beso traidor. Siempre habrá cristianos que lo recibirán de las manos de su sacerdote y que en su corazon le martirizarán. En una palabra, siempre habrá profánadores que unirán en si el Dios de la Eucaristia y el pecado, y que lo crucificarán más ignominiosa y más dolorosamente en su conciencia manchada, que los Judios no lo crucificaron en el Calvario. La Adoracion repara estas profanaciones décidas. Consoládnos ahora, consoládnos, oh! Dios del tabernaculo! no digais más: « Hé buscado un consolador, y no lo hé encontrado, » *Quæsi qui me consolaretur et non inveni*. Vuestros hijos han sentido vuestros dolores, y vienen á llorar cerca de vos y á vuestros pies. Hé aquí mucho más que un consolador que participa de vuestras pruebas, es todo un pueblo que se asocia á vuestra injuria, y que la cubre con sus respetos y sus adoraciones; son todos vuestros fiéles juntamente que os ofrecen amor en compensacion del odio. Qué todas las injurias se borren delante de su homenaje! qué todos los dolores se olviden delante de su ternura! qué todas las persecuciones desaparezcan delante del culto que os acuerda su corazon! La injuria no procede más que del odio de algunos; la reparacion viene del reconocimiento, del afecto y del amor de todos. — Permanezcamos, hermanos míos, permanezcamos fiéles á este culto de manifestacion y de reparacion hacia Jesucristo,

constante de la Iglesia, y el testimonio de un gran numero de santos á quién há hecho la gracia de descubrirse y de dejarse ver.

Y puesto que es cierto que Nuestro Señor Jesucristo está presente en la Santísima Eucaristia, lo es igualmente que debemos adorarle. Porque por todas partes en dónde se encuentra, es adora-ble, siendo el Dueño, el Soberano Señor y el Bienhéchor de todas sus criaturas. Así los angeles le adoran no solamente en el cielo, sinó tambien en todos los altares del mundo y en todos los lugares de la tierra en dónde hay una hostia consagrada. Ellos le adoran cuándo lo llevamos triunfalmente en nuestras procesiones, cuándo se le lleva cómo viatico á los enfermos, cuándo nos lo llevamos de la mesa santa en nuestros pechos. Invisibles nos siguen ellos, acompañando al divino Huesped que está en nosotros. Y sus adoraciones en la tierra cómo en el cielo no son momentaneas y transitorias; son continuas y duran siempre, cómo la Divinidad á la cuál se dirigen.

en el sacramento eucaristico. Que la solemnidad de la Adoracion nos vuelva á reunir siempre numerosos y siempre animados de un nuevo fervor al pie del tabernaculo: qué digo? no nos contentemos con adorar á Jesus cuando la parroquia le adora; sigámosle de templo en templo, y que una peregrinacion permanente nos conduzca á todos los santuarios de la ciudad que celebren la fiesta eucaristica. Démos testimonios de nuestro reconocimiento y con nuestro culto, algo de inmenso y de perpetuo cómo el amor mismo de Jesucristo. Que siempre vivo, sea siempre honrado; que por todas partes presente, encuentre la Adoracion debida; en una palabra, que siempre y en todas partes véa alrededor de su altar, hasta que él mismo nos lo repita en otro sentido, la invitacion de su Iglesia: *Afferte Domino gloriam et honorem, adorete Dominum in atrio sancto ejus*; es decir, hasta que nos llame « á honrarle, á glorificarle, á adorarle en otro templo y en otro santuario », en el templo del cielo y en el santuario de la eternidad. Asi sea. (De Place, *Discurso sobre la adoracion perpetua del Santísimo Sacramento*.)

Si los angeles adoran de una manera perpetua á Nuestro Señor Jesucristo en la Eucaristia, porque es siempre adorable, nosotros que estamos dotados de razon cómo ellos, y que, por consiguiente, podemos cómo ellos adorarle, nuestro deber será de hacerlo igualmente sin cesar y de una manera perpetua. Y es efectivamente lo que hacen los santos en el cielo, lo mismo que los angeles. Sin embargo, aqui bajo la adoracion perpetua no es posible á cada persona individualmente. En el cielo los angeles y los santos pueden, porque es toda su ocupacion, y no tienen otra obligacion que llenar. Aquí bajo nosotros tenemos otros deberes á las cuáles es preciso atender. Dios lo há querido así. Nos es necesario entregarnos á una multitud de trabajos corporales y de espíritu, séa para atender á nuestras necesidades, séa para educar á nuestros hijos, séa para asistir al prójimo, séa tambien para trabajar por la gloria de Dios. Luego, imposibilidad, para cada persona, de adorar de una manera permanente [y perpetua á Nuestro Señor en la Santísima Eucaristia.

Pero lo que no puede hacerse por cada cristiano individualmente, puede cumplirse por muchos obrando de acuerdo. Es decir que muchos cristianos pueden unirse juntamente para adorar perpetuamente á Nuestro Señor, conviniendo en relevarse cerca de Jesucristo, de manera que se encuentre siempre alguno á sus pies, y que áquel adore á Nuestro Señor en nombre de sus asociados, los cuáles se unen á él con la intención, esperando que cada dos vayan sucesivamente á ocupar su sitio. Así puede réalizarse aqui bajo la adoracion perpetua. Y de hecho, esta existe desde hace ya mucho tiempo en muchas comunidades religiosas de hombres y de mujeres, en dónde debia naturalmente nacer. Pero desde que la adoracion perpetua era posible en las comunidades religiosas, debia igualmente sérlo en todo el pueblo cristiano, asociandose juntamente todos los fiéles de una diocesis, entre los cuáles se dividia todos los días del año; despues todos los fiéles de una parroquia, entre los cuáles se dividia todas las horas del día. De este manera, cada hora es designada á uno ó muchos fiéles de una par-

roquia, despues cada día del año á una ó á muchas parroquias de la diocesis. De suerte que no hay día en una diocesis, en dónde una parroquia, por lo menos, no adore á Nuestro Señor por la diocesis entera; ni una hora en cada día, en que un fiél, por lo menos, no adore á Nuestro Señor en nombre de toda la parroquia ¹. —

1. Ana de Austria, madre de Luis XIV, fundó en 1653 el primer monasterio de Benedictinas reformadas, que se proponia ofrecer constantemente solemnes reparaciones á Jesucristo por los ultrajes que recibe sin cesar en la divina Eucaristia. Estas piadosas y santas mujeres se sucedian día y noche sin interrupcion en su capilla, permaneciendo humildemente prosternadas delante del Santo Sacramento, y se ofrecian á él cómo victimas de expiacion por todas las irreverencias cometidas. Su divisa éra estas palabras: *Para siempre séa alabado el Santísimo Sacramento del altar*. Ellas las repetian á cada instante, al principio y al final de las horas del oficio, al encontrarse en casa, yendo á la reja ó al locutorio, antes y despues de las comidas, antes de dormirse, al despertar, etc. Esta piadosa institucion fué adoptada en muchos conventos, se propagó y se há conservado hasta hoy. — Clemente X, queriendo animar á las personas seglares para abrazarla, concedió por un breve del 22 de Enero de 1674, indulgencia plenaria á los que se unieran con el designio de honrar al Santísimo Sacramento. Si los asociados son en bastante numero, deben arreglarse de manera que los háya siempre en adoracion, y cada uno haga una hora por año. Hé aquí cómo se hace la distribucion de los grupos: se divide el año en horas, se hace tantos billetes cómo horas hay; se las numera, despues se sortea, y cada uno sabe que día y á qué hora debe ir hacer su adoracion. Es en este día, ó en la semana, que ganará la indulgencia plenaria, confesando, comulgando y rogando segun los fines ordinarios. Si uno de los asociados preveyera no poder encontrarse delante del Santísimo Sacramento á la hora que le há correspondido, le seria permitido cambiar con otro, y ambos podrian igualmente ganar la indulgencia. — En los lugares en que este clase de asociacion no está establecida, y en aquellos en dónde los miembros no corresponden al numero de horas que componen un año, se puede sin embargo ganar la indulgencia; pero es necesario unirse interiormente á las asociaciones existentes,